

## EL PACHÁ DE TÁNGER.

La personalidad de importancia mas inmediata es el gobernador y representante del gobierno, el pachá Chilali-ben-Hamed, hombre de unos noventa años que no hace mas que vegetar y que no sale mas de su casa.

Habita en la elevada alcazaba cuyos aposentos están ricamente adornados y que son dignos de ser vistos.

Su posicion en Tánger enfrente de los muchos representantes europeos es muy difícil; ademas tiene aquí menos ocasion que en otros puntos del pais, de engañar y de poner en práctica el sistema de esprimir.

Chilali ha tenido una vida muy agitada, y en su juventud ha sido el verdugo reconocido de todas las ejecuciones que tuvieron lugar en grande escala, en el tiempo del difunto sultan, en cuyo reinado hubo muchas sublevaciones en el interior.

En otro tiempo se le llamaba «el perro sanguinario.» Este hombre falleció el 7 de Setiembre de este año; su sucesor es Kaïd Abd-es-Sadale.

El primer paso que despues de su instalacion dió este hombre de cincuenta y cinco años de edad, fue su casamiento con una niña de catorce años, hija de un pachá llamado Si Hamed Laidy, y todos los pueblos de las inmediaciones tuvieron la satisfaccion de poder llevar á la joven pareja sus numerosos regalos.

## EL MORO DUCALI

es uno de los mas ricos de Marruecos, y posee ademas de muchas casas en casi todas las ciudades marítimas y en las dos capitales, calles enteras en Tánger.

El ha debido de ser el que obtuvo la concesion para explotar una importante mina de cobre cerca de Tetuan.

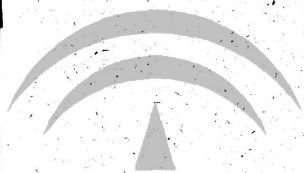
Cuando vendió su derecho á los europeos, ó como segun otros dicen, trataba de explotarlal por medio de trabajadores europeos, tuvo el sultan sus dudas, y compró á Ducali aquellos derechos por una fuerte suma.

Este hombre es civilizado y afable, está en lo mejor de su vida, ha viajado no solo por España, Francia é Italia, sino que tambien conoce una parte de Alemania y especialmente á Colonia; sus principales relaciones comerciales parecen estar en Marsella.

Descendiente de una de las mejores familias del pais, está relacionado con casi todas las gentes y ha sabido colocarse á tiempo bajo la proteccion de Italia.

No tiene que temer ni por su persona, ni por su fortuna, pues á pesar de que viste siempre su traje nacional es súbdito de Italia.

Habla el francés y el español.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## CAPITULO XV.

Si Tibi-ben-Hima, jefe de la embajada marroquí en la corte de Prusia.

De tiempo en tiempo le parece llegado el momento al gobierno marroquí y respectivamente á Si Musa, de hacer constar la importancia y el crédito del imperio marroquí; es decir, de enviar una embajada á cualquiera corte de Europa, y así pagar con la misma moneda.

Se anuncia una tal embajada, y efectivamente el día menos pensado ven aparecer los admirados habitantes de Tánger una sociedad compuesta de diez ó quince personas de sus compatriotas, y que encargados de una misión, se embarcan para dirigirse á un punto cualquiera, volviendo la espalda á las playas de su patria.

Casi siempre el objeto de una tal embajada es «nulo» y todo ello sin importancia.

También el rey de Prusia (pues Alemania es una idea desconocida) debía ver frente á frente á los nobles hijos de Marruecos, recibir el franco saludo de su sultan, la seguridad de su alta consideración y amistad, y... nada más.

Muy bien se sabe que en ninguna parte del mundo se aplica mejor el conocido adagio *«les petits cadeaux entretiennent l'amitié»* que en Marruecos, y se espera de cada extranjero, regalos en armonía con la posición del interesado; pero en el caso actual se consideraron los presentes para el jefe de Prusia innecesarios y sobre todo caros.

Se comprende fácilmente que aquellos infieles se considerarían bastante honrados cuando los sectarios de Mahoma se tomaron la molestia de viajar hasta Berlín y de vivir allí algún tiempo á costa del jefe del Estado. ¡Además

los elegidos son personas de influencia, los que han sido agraciados por el sultan para la honrosa mision de estudiar la cultura y civilizacion alemanas, gentes que poseen la completa confianza de su soberano, consejeros experimentados y elevados empleados que deben encarrilar relaciones mas estrechas entre las dos poderosas naciones, para que dándose la mano puedan conocerse y apreciarse!

El trascurso de esta obra nos responderá á las anteriores suposiciones.

A fin de que se pueda perdonar á nuestra patria y para que sirva de advertencia en casos semejantes, creo de mi deber poner en conocimiento del público, que indudablemente se admirará, la siguiente relacion:

Aquella embajada marroquí tan brillantemente recibida, tan admirada y tan colmada por todas partes de atencion y de regalos, particularmente en Berlin, y que durante los meses de Mayo y Junio del año 1878, se alojó á costa del emperador en el Hotel de Roma, constaba de trece personas. Sus miembros han sido descritos separadamente en el capítulo III.

El noble jefe de la misma, el honorable Si Tibi ben-Hima (es decir, hijo de la Hima) el de la blanca barba, que tuvo la honra de sentarse á la mesa de Su Majestad, es el gobernador de la ciudad de Saffi en la costa N. O. de Marruecos en el Océano Atlántico. Tiene setenta años de edad y su puesto le ha sido concedido por el actual sultan, á quien él habia alojado algun tiempo en su casa cuando era niño.

El puesto de gobernador ó de pachá, á pesar de que Marruecos no paga sueldo, es muy lucrativo, puesto que su ocupacion principal consiste en esprimir mas ó menos á sus súbditos.

Como el sultan les precede con buen ejemplo, y todos los que están debajo de él, hacen lo mismo, es decir, ponen á sus súbditos en la alternativa de, ó pagar la suma exigida, ó peregrinar en las terribles prisiones, con la argolla al cuello. Si Tibi procede enteramente de la misma manera, y se ha creado una bonita fortuna.

En atencion á las especiales circunstancias del país, y

toda vez que un día pudiera tener el sultan la idea de pedirle su apoyo, este prudente hombre, ha confiado su dinero á una casa comercial europea.

Es posible que sus cuidados paternales hayan contribuido á dar este paso, porque verdaderamente sesenta y tres hijos exigen que el padre piense en el porvenir.

Debemos hacer constar de paso, que Si Tibi es enemigo de hacer correr la sangre: él es bueno á su manera y se contenta con poner las gentes con cadenas y con una dieta bienhechora, los tiene largo tiempo en la cárcel, hasta que se muestran mas accesibles á satisfacer sus legales deseos.

Este suave y humano tratamiento, le ha valido el nombre de hombre de bien.

Como esta clase de negocios no le ocupan naturalmente todo el tiempo, se dedica Si Tibi al mismo tiempo al comercio. Vive en una casa de estilo medio-moruno medio español, que adquirió bastante barata, en la bancarota de un inglés, y cuyos acreedores no tuvieron motivo de alegrarse de las particulares consideraciones que se tuvieron con ellos.

En los locales inferiores de esa casa, tiene almacenados huevos, balas de paño, pieles, pilones de azúcar, algunas veces gallinas vivas, almendras, etc.; en fin, cosas que tienen aquí salida, y si añadido las pieles curtidas y estereras, habré agotado los géneros que constituyen el comercio de esta plaza.

En ellos se mueve este gran señor desde por la mañana desnudo de pie y pierna, con su cabeza afeitada, espresando su asiduidad por medio de su rostro: en ellos recibe las visitas de sus parroquianos y de los demás habitantes de la ciudad; aquí oye las novedades de los muchos soldados que, puestos en cuclillas ó tendidos, están en el zaguán de su casa: aquí dá sus órdenes, escribe cartas y envía propios: y despues de terminados los negocios, se retira á una pequeña y casi oscura habitacion, en la que sentado sobre un tapiz, saborea el thé verde, que de tan dulce, y con el agregado de la yerba-buena, se hace impotable.

Las visitas que se suceden y el hablar un rato de ne-

gocios, contribuyen á que el tiempo se pase mas rápidamente.

La tarde se emplea en asuntos mas sérios: el comerciante se convierte en juez, que resuelve quejas, que deniega á los pretendientes, resuelve querellas cuyo resultado final es comunmente el pago de una multa para cuyo cobro tiene á su lado uno ó dos cestos, en los cuales se echan los flúts á manos llenas.

Despues de terminada la sesion, se conduce al primer piso al visitante europeo, en donde sentado sobre un ténue colchón ó bien se sirve una comida ó se repite de nuevo el thé con su apéndice. Este es tambien el momento en que el grande hombre se presenta como un simple mortal; bromea, pregunta y habla sobre cosas y objetos de Alemania, establece comparaciones, que mas parecen de un niño que de un adulto, y termina infaliblemente con historias mas ó menos obscenas. En general su tema favorito es su conversacion sobre el sexo femenino; sus esperiencias y demás detalles son tan ingénuos como comprensibles, y la gran cantidad de niños pequeños de todos tamaños y colores que corren por todas partes, y cuyo padre asegura ser él, hace que no se dude que lo mismo entiende de teoría que de práctica.

El ideal de la belleza, tal como él lo comprende, es una negra de once á doce años. Un dia fuí yo testigo cuando le fue presentada una criatura semejante, mientras estábamos sentados y tomando el thé; despues de haberse enterado exactamente de todo y haber encontrado que el objeto merecia su aprobacion, fue conducida á los cuartos de las mujeres, y me hizo al mismo tiempo observar Si Tibi, que las mujeres eran muy caras y que aquella negra le habian costado 65 duros. Pero que era preciso gastar algo para sus placeres.

Tuve ocasion de adquirir muchas noticias de Si Tibi: en primer lugar, hice el viaje con él de Tánger á Saffi; despues por espacio de diez y siete dias, le hacia una visita diaria en Saffi; y finalmente, viajé en su compañía hácia la ciudad de Marruecos, en donde por espacio de veinte y ocho dias le ví casi diariamente.

De las promesas que me habia hecho voluntariamente —de su gran influencia con el sultan—de su firme resolucion de avivar las relaciones directas y únicas entre Marruecos y Alemania—de su amabilidad y seguridad de que yo seria su huésped, en tanto y donde quiera que yo fuese en el imperio marroquí, y que solo de este modo podia pagar aproximadamente, la brillante é inolvidable recepcion que se le hizo en Alemania, todo esto no eran mas que vanas palabras.

Inmediatamente al siguiente dia del desembarque en Saffi, y despues de haber hecho trasladar mis equipajes y bultos para guardarlos en sus almacenes segun su órden y su deseo, me exigió Si Tibi, cinco duros con mucha serenidad. Cuando yo, fundándome en sus promesas y seguridades, me atreví á preguntarle por qué, se me contestó: «para el pago de los trabajadores.» Ante mi vista dió mi alto protector á los semi-desnudos cargadores un solo duro, guardándose los cuatro restantes en su bolsillo.

Debo confesar que esta primera prueba de atencion y de desinterés marroquí, me dejó algo parado.

Mas tarde no me hicieron impresion las bromas de este género.

Ademas hay que añadir aquí, que en nuestra comun llegada y residencia en la capital, tambien la supuesta importancia de Si Tibi se redujo á la nada. Se hizo tan poco caso de él como de sus acompañantes; sus noticias sobre Berlin y demás, fueron sí oídas, pero no atendidas; en fin, el hombre era completamente un cero á la izquierda. Solamente una vez tuvo ocasion de hablar al sultan, en la cual al mismo tiempo hacia entrega á su amo (como es costumbre) de todos los regalos recibidos. Entre éstos se hallaba tambien la cruz del Aguila roja, de primera clase, concedida á Si Tibi; así como el jarron de la fábrica real de porcelana, con vistas de Berlin, regalo que le fue hecho por la emperatriz.

Respecto á este último, fui yo testigo del siguiente incidente:

Cuando llegamos á la rada de Saffi y todos los miembros de esta alta embajada buscaban sus equipajes, que

casi todos consistian en un viejo tapiz arrollado, un colchon delgado, algunos jarros de barro para agua, espingardas, y sables de caballería alemanes, faltaron dos cajas para Si Tibi. Inútilmente se registró todo. Las lamentaciones de este venerable señor me afectaron tanto, que le ofrecí mi medicion, y finalmente pude sacar en consecuencia de aquel caos de árabe, español y francés, que una de las cajas perdidas estaba llena de macarrones italianos, y la otra contenia un puchero. La pérdida de la primera pareció serle muy dolorosa, porque sus quejas no tenian fin: la segunda le pareció ser una cosa de menos importancia.

Solo al siguiente dia se encontró en el muy cargado vapor aquella caja con el puchero, habiendo desaparecido la de los macarrones.

Cuando por fin procedimos á abrirla, encontramos que el denominado puchero, era aquel ya citado hermoso jarron de la emperatriz, cuya existencia parecia serle muy indiferente á Si Tibi, en tanto que me aseguraba con mucha tranquilidad que hubiera preferido encontrar la caja de macarrones que aquel inútil puchero.

Decididamente no se puede hacer comprender á los marroquíes cuán gran honor se les ha concedido á este Si Tibi y á sus súcios acompañantes, por la concesion de poderse adornar con condecoraciones prusianas. El ministro aleman en Tánger que se hallaba presente al mismo tiempo en Berlin y que se encargó de su presentacion en la córte, no debió tener la menor noticia de la intencion de la concesion de condecoraciones, porque de otro modo, hubiera llamado la atencion de lo desventajoso de tal propósito, toda vez que él tenia conocimientos de las cosas y personas marroquíes.

Así, pues, sucedió por desgracia, que á esta semi-salvaje canalla que no tiene ninguna idea de lo que es en sí el destino de una condecoracion, se le concedió diversas clases de condecoraciones prusianas acompañadas de sus correspondientes diplomas, siendo así que su religion les prohibe ademas llevar ningun signo cabalístico.

Para demostrar que aquellas gentes no tenian en general ninguna idea acerca de estas distinciones, basta consig-



nar el hecho que diversas veces y en diversas ocasiones durante mi permanencia en Marruecos (esceptuando á Si Tibi que habia tenido que entregar su cruz al sultan) los felices poseedores de diversas clases de la órden de la corona se acercaban á mí preguntándome si no queria comprarles aquellas «cosas» ó darles en cambio otro objeto mas útil. Uno de estos condecorados, perseguia su idea con gran empeño; allí donde me encontraba, sacaba el estuche con la cruz y estaba siempre dispuesto á hacer el cambio; repitiéndome siempre la misma cantinela:

«Yo hubiera querido que me hubieran dado un revólver, mejor que esta inútil cruz.»

Por desgracia, las circunstancias no me permitieron llevar á cabo mi primer propósito, que era comprar todas las cruces, con objeto de arrancar éste en nuestra patria tan apreciado símbolo de grandes merecimientos, de las súcias garras de esta miserable raza.

Para terminar de Si Tibi y de la embajada marroquí, debo otra vez consignar que de todas las personas que aquel conoció en Alemania, la doncella Minna en el Hotel de Roma, fue la que sin género de duda le produjo la impresion mas profunda y duradera, y diversas veces manifestó su deseo de dejar para Minna, sin cubrir la plaza vacante de su cuarta mujer legítima.

Probablemente la señorita Minna, quedará asombrada cuando oiga que en el interior del Africa hay un corazon que palpita, y que piensa en ella con amor y adhesion.

Tuve que prometerle ir á saludar á esta señora de su corazon; al ejecutar este encargo, encontré sin embargo, poca reciprocidad.

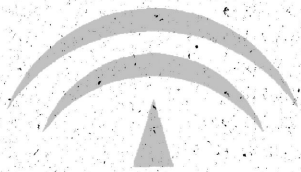
A tal amo, tal criado.

Los cuatro oficiales marroquíes agregados, escepto el apreciable kaïd el Mir, pertenecen todos á clases subalternas y á familias de baja clase: fuera de éstos, los demas que formaban la embajada, eran criados de Si Tibi.

Por lo tanto, volvemos á lamentar que la espléndida y real acogida con que se honró á la embajada en Alemania ha sido perdida al emplearse en tal canalla. Quiera Dios que por fin en Alemania, empiecen á no dejarse engañar

por las apariencias, y que dejen de considerar á cada uno de estos mahometanos empabonados y envueltos en jaiques ó albornoces mas ó menos blancos, como príncipes del Oriente.

Detalles mas minuciosos sobre Si Tibi, se encuentran en el curso del viaje.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

## CAPITULO XVI.

El árabe y las mujeres y muchachas árabes.

¡Qué sentimiento tan especial, qué sublime majestad! Nos parece que, verdaderamente, como si todo lo que nos rodea hubiera tomado de repente proporciones sobrenaturales; la naturaleza, los animales, las personas y los acontecimientos.

A la derecha y hacia la izquierda surgen oscuras y sin embargo resplandecientes masas de montañas; debajo de nosotros pero lejos, aquella larga línea del alto Atlas, la cadena de rocas dentadas que siendo tan desnudas producen no obstante una impresion tan bella. Aquí al lado estas grutas que puedan haber servido de guarida al leon; á nuestros pies estos barrancos en que se oculta la pantera, mientras que sobre y alrededor de nosotros las águilas y los buitres trazan inmensos círculos.

Pero ante todas las cosas, este sentimiento especial de que á pesar del profundo silencio y tranquilidad del *Desierto* están ocultos, sin saberse en dónde, millares y millares de seres humanos.

No se ven ni un indígena, ni una tienda, ni un pueblo, pero á pesar de esto se sabe que á una señal que se dé pueden aparecer sesenta mil personas amenazantes y peligrosas; que esta verdaderamente grandioso, todo esto es elevado y de una belleza peculiar.

¿Y qué es el Atlas, comparado con las montañas europeas? ¿Qué es el Atlas al lado de los Alpes?

Pero precisamente la Suiza es uno de aquellos países en que la impresion queda pospuesta á la realidad.

En presencia de aquellos colosales fondos es preciso confesar que se permanece asombrado, pero la emoción es mucho menor que lo que se esperaba. El único motivo imaginable es, que en este último país la naturaleza solo es grande, en tanto que los hombres, animales, viviendas y hasta los recuerdos en una palabra, todo es prosáico, limitado, pequeño y raquífico.

¿Qué importa que nos refiera el guía que aquella cordillera es una de las mas elevadas de Europa, que tiene una elevación de mas de 4,600 metros de altura sobre el nivel del mar; esto no es mas que un concepto geométrico de la altura que pasa por nuestro espíritu, sin ser comprendido ni considerado. No se siente ninguna de aquellas poderosas y atractivas impresiones como por ejemplo á la entrada del puerto de Rio-Janeiro ó al encuentro de montañas de hielo como nos las presenta á la asombrada vista al despertar en una nebulosa mañana en un viaje trasatlántico. También por esto se explica por qué razones la Suiza, á pesar de sus incontestables bellezas, parece mas bien hecha para producir alegría á un simple burgués que para una alma verdaderamente artística.

En aquellos tenaces y desnudos valles del Atlas no hay que temer tales sorpresas prosáicas, ni disonancias; aquí todo es conjunto armónico, todo es grandioso y real, ninguna civilización ha lamido todavía á los hombres ni cosas. Aquí no existen los prosáicos postes que marcan los caminos, ningún cuerno de los Alpes se hace oír. Tampoco se ve ninguna gruta formada por la mano del hombre. Los únicos sonidos que se oyen, son los producidos por las fieras, la única iluminación del Atlas es el incendio de un campamento ó de un bosque, y en lugar de la eterna manzana de un Tell y de la eterna prision de un Bonivard se tienen aquí las narraciones de secretas y sangrientas luchas de estos pueblos orientales, que recíprocamente se combaten y se destruyen.

Si las tierras de la costa y del llano de Marruecos son algo conocidas, en cambio no se tiene ninguna noticia de la ultra-montaña.

Si se abandona á la ciudad de Fez en dirección S. E.,

aquellos preciosos grupos de orgullosas palmeras empiezan á ser menos frecuentes, la llanura se eleva paulatinamente hácia la alta meseta, apareciendo nuevas formaciones y nuevos vegetales.

Aquí se penetra pronto de la tierra de los berberes en aquella de los árabes, se encuentran ya con mas frecuencia aquellas caravanas de camellos y de mulas, viniendo de los lejanos sures, y que regresan hácia ellos.

Entre los berberes y los árabes hay una gran diferencia, mientras los árabes constituyen el pueblo que eternamente peregrina sin descanso y cuyo mayor placer consiste en el *dolce far niente*, y que al mismo tiempo representan la aristocracia del Desierto, el berber queda siendo el demócrata, el musulman obrero. Mientras al primero se le ve siempre en interminables trashumaciones, el otro parece estar sujeto al terruño.

Despues de haber pasado algunos rios que en tiempo de calor llevan muy poca agua, empieza pronto la ascension. A la derecha se ven olivos, granados y pitas; hácia la izquierda, aquellos altos setos de nopales cuyas bellas flores hacen bien á la vista y que mas tarde producen aquel fruto de forma carnosa de color amarillo y rojo, conocido por el nombre español de «higo chumbo,» y que es de mucha importancia para los pobres. Sobre nuestras cabezas penden de los lados de las peñas, pequeños céspedes cuyos arbutos de color amarillo, subido son movidos por el viento y que el resplandor de la luz del sol, cuando le dá de lleno, dá á estas laderas el aspecto de los panes de oro, allá á lo largo, pero muy lejos surge el Atlas propiamente dicho con sus cúspides cubiertas de nieve sobre la masa montañosa que le precede, que de pronto oculta y despues dejó reaparecer.

Se queda uno sorprendido de la grandiosidad de la vista que se nos presenta y queda uno tanto mas perplejo de la esplendidez de la existente vegetacion, cuanto que poco antes se ha abandonado la llanura y la ante-montaña carbonizada y abrasada en donde desde hace tiempo no existe la idea de lo verde.

Precisamente ahora se presenta en la tierra alta del

Atlas una verdadera esposicion de flores, un verdadero despilfarro de sávias y fuerzas. Hasta los cardos alcanzan aquí un tamaño y esplendidez nunca sospechados, y nos parece con frecuencia á nosotros los habitantes del Norte, como si la naturaleza aquí en este país, fuese verdaderamente demasiado próspera y que como en muchas cosas, ha tenido tambien lugar aquí un reparto injusto.

Entre tanto seguimos subiendo mas y mas, el horizonte se dilata y lo que hasta ahora solo habíamos sospechado se nos presenta en toda su belleza.

Lo que mas llama nuestra atencion, son aquellas manchas de color rojo oscuro que se ven en las alturas y en las faldas de la sierra; se dice que son pueblos habitados por millares de kabilas, y sin embargo, no se ve la menor señal de vida.

Ya estamos muy cerca de uno de estos cerrós, ya percibimos bien claramente los vértices de las chozas y los indispensables setos de pita; siempre la misma inmovilidad, siempre el intranquilizador silencio; de repente, mientras los perros empiezan á ladrar, surgen detrás de los setos cientos y mas cientos de cabezas. De dónde provienen solo Dios lo sabe; pero de todos modos están allí. De las bocas de las chozas, de entre las quiebras de las peñas, detrás de las hojas del nopal, tanto de arriba como de abajo, no se ven mas que cabezas y mas cabezas.

Las mujeres, tipos magníficos, apoyadas cual animadas cariátides, en los ángulos de las chozas, nos miran en ademán asombrado con sus negros y orgullosos ojos. Aquellas que han tenido el honor de dar existencia á un hijo, llevan una ancha placa de plata con adornos de coral en medio de la frente; las otras llevan una estrella sencilla, y dos ganchos, por medio de los cuales sujetan sobre las espaldas un trozo de tela de lana semejante á la llamada Peplum, y otras tienen un pequeño signo sobre la frente.

Todas esas jóvenes y viejas, las hermosas así como las feas, están medio desnudas, vestidas con harapos, y llevan objetos de adorno de enorme tamaño; collares que dan tres vueltas al cuello, pendientes de colosales dimensiones, macizas diademas, y todo esto ensartado de una manera

salvaje en hilos de pelo de camello y remendado mezquinamente.

Estos adornos, que reflejan á la luz de un sol ardiente, los llevan con la gracia natural ó inimitable de una reina.

Inmediatamente se ve la gran diferencia que existe entre la mujer del kabila y aquellos seres dignos de lástima, llamados mujeres moras.

Detrás de estas mujeres, vemos una multitud de pequeños seres, unos medio y otros enteramente desnudos, y entre ellos ya muchos saben colocar sus pingajos y harapos imitando la colocacion de los ropajes antiguos.

Toda vez que nuestro camino iba en descenso y toda la poblacion nos seguia, cuantas veces nos volvíamos para mirar, veíamos por encima de nosotros, dibujándose muy claramente sobre el azul celeste, solamente hombros y brazos desnudos, cabellos sueltos, grandes ojos y brillantes alhajas.

Echamos pie á tierra y entramos en la choza del cheik; se nos ofreció una *diffa*: el obligado *ktskus*, leche, higos y café. En medio de la choza se halla un hogar, que no es mas que un agujero con lumbre, cuyo humo ha dado al interior el color de ébano. En el fondo se ve un ancho poyo sobre el cual duerme toda la familia: es una especie de cama tallada en la roca, sobre la cual yacen tendidas todas las noches de diez á quince personas, y ademas, dentro de un espacio mas pequeño que las celdas de nuestras cárceles.

Adjunto está el cuarto de consejos; en él se reúne la *adjema*, es decir, el consejo superior nombrado á eleccion, que gobierna á su tribu de una manera ilimitada. El tal hace justicia segun las prescripciones del Corán, y segun usos procedentes de los tiempos mas remotos.

Todo está previsto, determinado y normalizado.

Si una mujer está convicta de adulterio, tiene que pagar 50 duros. Si no tiene esta suma, el marido debe pagar por ella.

Si ha delinquido por segunda vez, tiene el marido que pagar el doble.

Si un joven ha seducido á una muchacha, tiene que pagar 60 duros; pero si ésta ha dado ya calabazas, no cuesta mas que la mitad, etc.

Entre tanto que nosotros escuchábamos silenciosos estas noticias y arrojábamos el humo del cigarro en la espesa atmósfera, fuimos interrumpidos repentinamente por gritos de alegría; — se habia matado una pantera en un próximo barranco.—En este momento la traen atravesada sobre una mula, arrastrando la cabeza y las garras, y apenas puede el tembloroso animal soportar la carga. Todos los seres vivientes se lanzaron fuera de sus chozas: las mujeres la insultan, los niños la amenazan con los puños, y no se oyen mas que las voces de ¡ah! ¡ladron, bandido, hereje, judío, cristiano!

Parece que hay muchos de estos peligrosos animales, y este acontecimiento trajo naturalmente sobre el tapete el tema sobre la caza. Era muy interesante para nosotros poder estudiar el súbito cambio en los modales de nuestro patron. Tan frias, silenciosas é indiferentes como habian estado estas gentes hasta ahora, tan poco como parecia importarles nuestra aparicion, se vió de pronto cómo sus ojos se llenaron de brillo, y se estremecieron como llamas en sus inmóviles pupilas. Se levantaron de sus asientos, formando grupos, rompiendo en una charla incomprensible. Se trataba de pólvora; aquel producto que para el árabe tiene mas valor que el mismo dinero, y sin la cual le pareceria insoportable su existencia.

Como no entendíamos su lenguaje, y al intérprete le era imposible atrapar todas las palabras, se nos tradujo el sentido de la conversacion; hablando de la pantera, se pasó naturalmente á hacerlo del leon, que es el mas temible enemigo de estas comarcas. Donde quiera que se encuentra el árabe, cree tener constantemente en sus inmediaciones al «saïd;» el respeto que tiene por este animal, no consiste tanto en su fuerza sino en su carácter, en sus propiedades, en sus caprichos y en su desprecio á todo peligro.

El árabe se representa al leon como un sér que obedece á otros instintos que los demás animales, pues está probado, que él mismo, al dia siguiente de una terrible carnice-



ría, pasa tranquilo entre un grupo de muchachos que le molestan; que él, sin tomar noticia de los habitantes de una choza, pasa cerca de ella, para ir á mitigar su sed cerca del arroyo; que se aparta del ginete que encuentra en el camino, sin dignarse tan siquiera dirigirle una mirada.

Por esta razon las historias sobre los leones son interminables.

Impresionados por todas estas relaciones, montamos sobre nuestras mulas para trepar á la última montaña que teníamos sobre nosotros, y la vista que se nos ofreció escede á toda ponderacion.

La vista sobre las inconmensurables cadenas de montañas, sus valles, bosques y sus peñascos—de las derivaciones de las montañas que se estienden hácia el Sudan y al misterioso interior del Africa—los oasis de las orillas del Zis, que apenas se pueden distinguir con el anteojo, en la direccion de Tafiote, con sus interminables bosques de palmeras; el inconmensurable horizonte, y los brillantes efectos de luz del sol que camina hácia el Ocaso: todo esto nos detenia clavados en el sitio, en tanto que intentábamos dejar grabada en nuestra memoria esta magnífica escena.

Al mismo tiempo formulábamos la cuestion, cómo puede ser posible que, un punto del mundo tal como éste, no sea conocido todavía, y si un país, cual éste es, no vendrá por fin á caer en manos de las naciones europeas que está en condiciones de hacer valer mas sus ilimitadas riquezas, que la miserable raza que en este momento se apellida dueña del mismo.

### LA MUJER ARABE.

Ya hemos conocido á los hombres árabes, por esto creemos tambien conveniente ocuparnos de la mujer árabe; es decir: si en general se puede dar el nombre de «mujer» á aquellos séres desgraciados y condenados á la servidumbre que parecen estar colocados en el último escalon de la especie humana.

El Corán dice: «La mujer es una criatura incompleta,

que no vive mas que para su exterior y su adorno; siempre dispuesta á disputar sin motivo fundado y á reñir; que se debe tratar con bondad, pero á quien hay que castigar cuando dé ocasion.»

Desde hace mil doscientos años, reina entre los árabes esta prescripcion, y siempre continuará; así vemos ya hoy á los sectarios de Mahoma que se han sometido á ciertas exigencias; lleva nuestros fardos, es criado de nuestros criados, toma nuestras limosnas, etc.; pero una cosa existe á la que jamás se someterá: nunca se le verá conducir del brazo á su mujer públicamente, y jamás hablará cual á una igual á la que ha elegido para madre de sus hijos.

Si el musulman vive en la ciudad, su mayor temor es que su huésped pueda ver á su mujer; él la oculta, y dice con mucha sencillez: «Ha visto al cristiano, y ya no quiere» mas á su marido.» Vive, por el contrario, en el campo ó en el desierto, entonces obliga á la mujer á ejecutar todos aquellos trabajos que considera indignos de él.

Para poderse formar una idea del destino de un sér femenino en estos países, debemos seguir el curso de la vida de una cualquiera pequeña Fátima, desde su nacimiento hasta su muerte.

Así que la niña ha venido al mundo, la madre deja oír sus quejidos y el padre las siguientes palabras: «¡Desgraciado de mí! ¡He tenido una hija!» Es decir, una maldición para la casa.

Durante la primera época, la madre lleva á la niña á la espalda; de cuando en cuando se ve que saca su pequeña cabeza con ondulantes cabellos, mirando admirada con sus grandes ojos negros, de un saco de una forma especial. Su padre no se digna dirigirla ni siquiera una mirada; él tiene solo ojos para su hijo, el orgullo de su casa, á quien la pequeña Fátima tendrá muy pronto que mirar como su futuro señor.

Desde el momento en que la niña se halla en estado de soportar el menor peso, ayuda á su madre en los trabajos domésticos. Por la mañana, con los pies descalzos, vestida con un harapo cualquiera, se pone ya en movimiento. Hace fuego, cuece el mijo ó el maíz, tiene preparados los pane-

Quiso la casualidad, que en aquel mismo momento pasase á caballo el señor Scovasso; pero tan pronto como se enteró del asunto, dió vuelta en otra direccion, y desde aquel momento parece que reina la paz en la legacion italiana.

Los grandes hombres tienen tambien sus debilidades.

El secretario de la legacion italiana es Mr. le Comte N. F. Reynery.

## 7.—FRANCIA.

Desde hace largo tiempo, está Francia representada en Marruecos, y no omite ningun gasto para conservar su influencia. Por esta razon, ha enviado dos oficiales franceses en calidad de instructores de la artillería á la escolta del Sultan.

Al principio fue nombrado Mr. de Bourré en calidad de ministro residente.

Poco despues de 1861 estuvo aquí un Vicomte de Castellione con una mision especial.

Despues siguió Mr. Pellesier como cónsul-éleve, al que mas tarde se envió á Aden.

Despues apareció Mr. Béclard, casado con la hija de un boyardo, el cual murió aquí.

Todavía se habla hoy de un proceso que llamó mucho la atencion en este pais, en el cual se refiere una historia en la que las cantáridas habian jugado su papel importante, cuya memoria se refresca siempre que se nombra este apellido.

Despues de haber fallecido Mr. Béclard, fue nombrado en su puesto el bello baron d'Aquin, el que hasta 1864 ó 65 habia estado agregado en Nápoles, quien hizo su nombre inmortal en Tanger. El escándalo que produjo con su sistema de vida, y su osadía é inconsideracion en su modo de obrar, se han hecho proverbiales.

Soltero, sin conciencia y arruinado, consideraba á la legacion francesa como si fuese su harem; la influencia de los judíos llegó hasta lo increíble, y ya antes de su relevo empezaron sus colegas á retirarse de él.

En su tiempo se estableció un vasto sistema de protección, y tenía un importante personal á su disposición.

El nombre del baron d'Aquin está estrechamente ligado con el llamado proceso de Reuter, que por largo tiempo tuvo dividido á Tanger en dos campos enemigos. En la época que Prusia no estaba representada en Tanger, el señor d'Aquin se pintó en la chimenea las armas de Prusia, recibió á los diversos comisarios especiales prusianos interesados en dicho proceso, entre los cuales se hallaba el consejero de Estado señor Wetzstein, y mostró gran amabilidad en general á todo lo que se refería á los alemanes.

La mujer de un pintor extranjero, dama tan interesante como conocida por su mala lengua, era la verdadera representante del gobierno doméstico de la legacion francesa.

Ultimamenté, Mr. d'Aquin, obligado por la necesidad, tuvo la original idea de pedir un empréstito al gobierno marroquí bajo cualquier pretexto, lo cual le fue concedido. Segun parece ser, fueron 50,000 francos el producto de su ingenio. Pero como tuviera el gobierno francés noticia del proceder de su representante, cortó el asunto y fue llamado á su país.

Su sucesor fue el muy apreciado Mr. Tissot, una autoridad en ciencias, qué vino de París; fue pronto trasladado á Atenas.

Por corto tiempo le reemplazó el vizconde de Laugier-Villars.

A este le sucedió finalmente el actual ministro plenipotenciario vizconde de Vernouillet, antes en la seccion política del ministerio de Negocios Extranjeros.

Tiene á su disposición un gran personal:

Vizconde Reseveaux, primer ministro, casado con una mujer jóven, bonita y alegre, acaba de ser trasladado.

Monge, primer dragoman.

Vizconde Lamartière, agregado.

Vizconde Richmond, agregado.

Ejerce las funciones de cónsul Mr. Charles Hecquard, que al mismo tiempo es dragoman y canciller.